

Lo que la experiencia de pintar me dice

“Pero yo creo que el arte plástico, la pintura, es esencialmente visual; y te llama la atención o no te llama la atención, te emociona o no te emociona.”

Tomás Paredes, en *El Montonero*.
Perú, 19 de octubre del 2017

I

A mí me gusta pintar cuadros de pequeño y mediano formato con pocas cosas.

Si los cuadros fueran más grandes y estuvieran más llenos de cosas y más cosas, me fatigaría, perdería la concentración. No obtendría satisfacción ni contento, sino todo lo contrario: pesadumbre, cansancio, aburrimiento.

Al ser pocos objetos puedo establecer sus relaciones de tonos con relativa prontitud, y avanzar, en relativamente poco tiempo, del estado inicial que es el lienzo en blanco con unas tenues líneas que sitúan las cosas, hasta que el cuadro empieza a estar cubierto, en mejores condiciones para pintar, para empezar a ir tras ese “acorde tonal” que busco, tras esa relación de tonalidades, que, creo, lo acabaré salvando, y a mí, dándome satisfacción, y contento.

El quid de la cuestión está, en mi caso, en la interrelación de las tonalidades, en cómo se relacionan unas con otras, en generar un ámbito, un ambiente, una atmósfera. Un canto suave, y discreto. Un aligerar las cosas de materia para llevarlas a la luz. “Él pinta con la luz; la luz es su materia”, escribió mi amigo Santiago Gómez Valverde.

Y es en ese tramo, de la mitad hacia adelante, cuando más me gusta pintar. La otra parte primera, tiene un punto de violencia con el lienzo en blanco, y cuando das las primeras pinceladas, incluso cuando está más cubierto, el cuadro tiene algo de falta de delicadeza, de sutileza, que vendrá después; acompañada de la claridad y de la luz, que éstas sí que no sé de donde vienen.

Y es a partir de aquí, de este primer ajuste, cuando me gusta y disfruto más pintando, ajustando más y más las relaciones, -creo que mi labor consiste en *relacionar y ajustar tonalidades*-, y, poco a poco, el cuadro va cobrando latido, y sientes que estás pintando a gusto. Te sientes cómodo, y disfrutas, te sientes como pez en el agua, sin resistencia alguna.

Aquí quedan las razones de porqué me gusta pintar cuadros pequeños y medianos con pocos objetos. Así es como lo siento. En mi caso es así, y por eso celebro la enorme suerte de poder pintar con libertad estos cuadros de pequeño y mediano formato. De haber nacido un poco antes, en la época de Antonio Gisbert, Moreno Carbonero o Francisco Pradilla, otro gallo hubiera cantado.

Cuando miro los “Fusilamientos de Torrijos y sus compañeros en las playas de Málaga”, de Gisbert, o el “Cortejo del bautizo del príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, por las calles de Sevilla”, de Pradilla, cuadros ambos de grandes formatos y muy poblados de personajes y cosas, de tantas cosas, celebro mi suerte.

Es esta pintura mía también pobre, como pobres también son las de Zurbarán y Esteban Vicente, en las antípodas del preciosismo de las de Mariano Fortuny, o, más atrás, de las de Clara Peeters.

Y entonces siento como muy mía esta declaración del pintor Wladyslaw Strzemiński, del que supe a través de mi amigo Mariano Carrera Blázquez, que dice: “Debes pintar en armonía contigo mismo. En el arte, sólo puedes dar lo que tienes.” Así me sucede, es lo que la experiencia de pintar me dice.

II

Últimamente, una vez que queda el cuadro terminado me acerco a mirarlo. A mirar cómo está pintado, cómo está hecho. A veces veo que en los momentos dulces, es como si pintara al dictado de alguien, como si el cuadro se hiciera sólo. En esta concentración y momento mágico el cuadro se termina. Tiene uno entonces la sensación de que ha sido utilizado, como si uno fuera un instrumento en manos de la pintura, a su servicio.

Es por esto que, después, uno, asombrado, se acerca a mirar el cuadro, a mirar cómo está pintado, como si hubiera sido pintado por otro, como si se hubiera pintado sólo, sin esfuerzo alguno.

Uno sabe que estuvo allí, “ayudando a lo que viene sólo”, tal como resumió magistralmente el ‘viejo maestro’.

Y entonces celebra, agradecido, esta Suerte, este desnudar con luz las cosas, que por ahí creo que va el canto que me tocó.

III

André Comte-Sponville escribe en su maravilloso libro *Chardin o la materia afortunada*: “Hay algo más importante que la pintura: es lo que ésta muestra o descubre.” “El arte ha de abrirnos puertas a lo desconocido”, dice mi amigo José Corredor-Matheos en su también maravilloso libro *Aproximaciones a la poesía y el arte*. Afirmaciones estas que comparto plenamente. Mientras tanto, quedo y descanso en la esperanza que estas pinturas lleguen a alcanzar estos altos cometidos: ¡ojalá sea así!

y IV

El estudio es como un refugio, como una mecedora, donde uno obtiene satisfacción y contento, dicha y sentido, “consuelo para los ojos”, al decir de Emilio Lledó. Y donde, protegido y a gusto, a salvo, recuerdo estas palabras de Francisco Brines, que me parecen maravillosas, y que suscribo al pie de la letra, que dicen: “Uno hace con sus menudas posibilidades. Sabes... y, uno tampoco tiene el deseo de ser el poeta más..., no... Ser, desde lo que es él, y habiéndose dedicado a una cosa que le ha importado mucho, pues la satisfacción de que eso le interese también a otras personas, y que lo hagan suyo, y que se emocionen con aquello.”

¡Qué maravilloso este sentir del poeta!, ¡tan hondo, tan verdadero!